

Humanismo Ignaciano

Joaquín López y López S. J.

I.—HUMANISMO GRIEGO Y CRISTIANO

El humanismo fué un hecho histórico antes de ser una actitud consciente del espíritu o una tradición cultural. El pueblo griego singularmente armónico produjo una cultura singularmente armónica. Ni fué puramente intelectual como los escolásticos de la edad media, ni un pueblo de administradores como los grandes romanos, ni seres de pura emoción como nuestros artistas románticos. Fué una feliz almagama de todas estas cualidades dándoles cuerpo en sus obras de arte, en su historia y en su vida pública.

Mas, aunque los griegos parezcan haberlas poseído en grado más alto, no hay duda que el humanismo clásico fué fundamentalmente más frío y mas exclusivista que el humanismo que se ha cultivado en la sociedad cristiana. Aspirando como aspiraban los humanistas paganos a los más elevados ideales, se sintieron incapaces de comunicarlos a la masa. Les faltaba la caridad.

Las tradiciones culturales como los seres vivos crecen, se desarrollan y llegan a su madurez. El humanismo clásico solo se vió coronado cuando encarnó en el equilibrio perfecto de un alma cristiana haciéndole consciente de todo aquello que es específicamente humano. facilitándole el triunfo de su razón sobre sus exigencias animales y confiriéndole, junto a una vida de posesión de sí mismo y amor, la serena y firme esperanza de una vida futura y eterna.

II.—LA DECADENCIA

A pesar de esto al aparacer Ignacio en el mundo era ya una realidad el desmoronamiento progresivo del edificio medieval. Ya en el siglo XV se había producido un debilitamiento de la vida cristiana hasta el corazón de los papas. Y como escribe, Guiraud hablando de esta época, ya se trataba de saber si en sus relaciones con el renacimiento era la Iglesia quien habia

hecho predominar sobre el humanismo sus principios cristianos o si era el humanismo quien la habia impregnado de influencias paganas. Se pudiera pensar que Ignacio no habia tenido por fin inmediato más que derribar la herejía protestante, pero en 1540 era menester reconstruir toda la sociedad cristiana; el protestantismo no fue más que el postrar azote.

Las universidades se habían separado de la cátedra de Pedro y por consiguiente toda la enseñanza sagrada y profana de su regla infalible; la filosofía se había separado de la teología y ambas del humanismo; se había separado la razón de la Fe, el clero de una nación del clero de la otra y entre las naciones se había alzado el egoísmo, la ambición, y todo se tornaba celosamente nacional y anticatólico.

III.—EMPUJE IGNACIANO

No fué Ignacio un humanista ni un pensador de profesión; fué un hombre de realidades y de acción. Pero de una acción profundamente reflexiva. Jamás tomó decisión alguna sin madurarla a su gusto. En su plan de auténtica contrarreforma lanzó definitivamente a su orden en la dirección precisa que sus compañeros primeros habían sido providencialmente llamados a seguir; la de un cultivo intenso de los dones humanos unidos a la más alta santidad posible.

En su plan de restauración de un humanismo integral, S. Ignacio concibió a la Compañía docente desde su cuna. En 1535 se resolvían los primeros jesuitas a ser catequistas hasta el punto de ligarse a ello con voto especial; esta iniciación desembocó en el Colegio Pedagógico, como el de Gandía en 1546, y esta en el Colegio Universidad como la de Mesina en 1549.

En la parte cuarta de sus Constituciones nos dejó las huellas de la orientación humanista que había bebido en Paris. Pero en ese plan de Letras, Filosofía y Teología había de subsanar las llagas propias de la época.

San Ignacio organiza el apostolado humanista de suerte que las Universidades puedan volver a someterse a la Santa Sede, que la Teología se una a la Sda. Escritura, que la Filosofía concuerde con la ciencia sagrada y que la enseñanza Teológica y Filosófica sea precedida y fecundada por el humanismo verdadero.

En los primeros documentos de la Compañía no se habla exprofeso de profesores de religión distintos de los profesores de literatura. Semejante separación de funciones sería un ilogismo, puesto que se rompe la unidad entre lo sagrado y lo profano que se quiere a toda costa salvaguardar, y fortalecer. Se debería consentir tal separación si el profesor de letras no fuera Teólogo. Pero puesto que en la Compañía todo profesor es a la vez especialista en la doctrina revelada y en la ciencia humana, sería contradecir su sistema el querer separar dos enseñanzas hechas para exclarecerse recíprocamente. Más aun, el estudio de la ciencia se toma sólo como un medio de alcanzar el formar hombres dignos del nombre de cristianos. Y si en alguna época la educación lleva poco fruto es porque el orden establecido sobre estos principios se ha alterado. Se han mirado las letras y las ciencias como si fueran el fin de la enseñanza.

Este humanismo integral cristiano es asunto privativo nuestro porque entre el mundo y nosotros media una especie de contrato. Ellos nos piden

que recibamos a sus hijos, nosotros les pedimos que reciban la letra viva del evangelio. No pretendemos otra ganancia, este es nuestro noble negocio recomendado con palabras gravísimas por nuestro santo fundador, al que ha de ir enfocado como medio todo lo demás.

Si S. Ignacio ambicionaba tan selectos y bien formados profesores no menos deseaba bien selectos discípulos. Ansiaba el mayor bien posible y precisamente por eso procuraba la mayor selección posible, no sólo en costumbres sino en cualidades, que hicieran nacer grandes esperanzas para el bien de la Iglesia. No fué amigo S. Ignacio de dedicar su tiempo a gente sin personalidad y no por que fuera deficiente su caridad sino porque pensaba que formando gente de mucha personalidad su caridad se multiplicaba. Su amor y caridad llegó a los pobres igual que a los ricos, pero su tiempo llegó más a los de mejores dotes personales, ya fueran pobres o ricos.

IV.—UNA PALABRA DEL ESPIRITU

Según el sentir del tiempo; el heroísmo era la sal de la tierra, lo que sazónaba la vida. Por una consecuencia como necesaria todo lo que no era heroico era insípido; la literatura del fin del renacimiento es copiosamente rica en ejemplos y máximas inspiradas por el sentimiento del valor y del honor.

S. Ignacio, como un forjador de voluntades y un educador de caracteres, aprovechó esta fuerza, este sentir de la época, arrancando de allí para presentar la vida espiritual como un heroico combate en que quien no se decide al triunfo queda ante sí como la más vil caricatura de la cobardía personificada.

Esta pelea heroica y tenaz va encarnada en el héroe más grande que ha pasado por la historia. Un hombre misterioso que prosigue haciendo girar en torno a sí a millares de vidas humanas, impulsándolas a la realización de ideales que contradicen todos los anhelos y tendencias animales y exigiendo una renuncia incondicional aun de la propia vida.

En su plan de humanizar, nada quiso Ignacio dejar tan palpable en sus Constituciones y Ejercicios como este plan de caballería y heroica entrega en servicio de este héroe primordial del humanismo.

Jesús el pensador, el poeta, el idealista, el creador de un sistema único de pensamiento, es fiel a todos y cada uno de sus puntos propuestos, El piensa, ama, crea, y sobre todo realiza. Si su realización significa muerte, muere.

V.—LA TRANSMISION DEL HUMANISMO REGENERADOR

Caballero en el espíritu como lo había sido en las batallas, imprimió su sello en todos sus hijos, sello de compañerismo y amistad con Cristo ligado con un juramento de fidelidad recíproca sin condiciones ni límites.

De esta concepción heroica y caballerescas ha de brotar el espíritu del Colegio. No se presentará a los alumnos un cristianismo negativo que tienda

solo a destruir los ídolos paganos y arrancarles del corazón los encantos que pudieran seducirlos sino que lealmente se incitará a que hagan una comparación entre Cristo y los caudillos que se les proponen, entre el ideal de Cristo y el ideal humano que a su edad se opone siempre el de Cristo.

Se ha de medir de continuo la diferencia infinita que dista entre los héroes de la antigüedad y la regia figura de Jesucristo. No se trata de repudiar la libertad, la verdad, la belleza, la justicia. Sólo se le pide a esta apasionada juventud que ponga todo lo humano al servicio del Verbo encarnado, Ideal que han de ver realizado en sus maestros como sus más acérrimos partidarios, su cuerpo escogido, su tropa de choque. El alumno debe sentirse discípulo de maestros impregnados de este espíritu.

Como en un ambiente militar se contagia el espíritu de valor y en un ambiente de jurista el culto de la ley, y en un ambiente obrero cierto sentimiento de solidaridad humana; así en los colegios de la Compañía, cuando se conforman con los principios Ignacianos se toma un sentido de amor caballeresco a Cristo. No hay que preocuparse cómo se hace la inserción de este humanismo; no se hace por ningún sistema artificial, sino por infiltración, por ósmosis. El alma de los niños se impregna de este espíritu por su familiaridad de vida en los maestros que están saturados de él. Sólo por una incomprensión del problema humanístico se ha podido acusar a los jesuitas de gravar su "marca" en los alumnos. La verdad es que se esfuerzan por disponer las almas a recibir la "marca" de Jesucristo. La única que responde a la índole de su ideal.

Si se suprime este ideal entusiasta por Cristo, la Compañía de Jesús no tiene razón de ser. Pero si Jesucristo está presente no debe existir más que él. Nadie debe atraer a sí, ni trabajar por sí ni estribar en sí. Que se formen en un ambiente de santa admiración en que por principio se disminuya la importancia de los hombres para que crezca la de Jesucristo.

De esta elevación ignaciana salta el verdadero humanismo cristiano, porque este consiste en un amor sincero de todos los valores restaurados por Cristo.

La herejía protestante trajo una actitud de derrotismo ante la naturaleza caída. S. Ignacio propone las cumbres de la santidad y heroísmo cristiano, como cosa difícil, pero haciendo mirar de hito en hito al Sol de la redención que proyecta su luz alentadora sobre todos los problemas de la vida.

En una edad en que la confianza es espontánea, en que se siente necesidad de dilatarse y de crecer, hace resaltar con preferencia aquellas verdades que parecen más consoladoras, más dilatadoras, en una palabra, las más humanas y más divinas, las más conformes con la divina bondad.

El humanismo ignaciano es por fin no sólo un humanismo de carácter sino un humanismo de corazón. En la naturaleza humana regenerada la facultad principal le parecía ser la voluntad y la virtud soberana, la caridad encendida en amor de Cristo.

Para Ignacio, instruirse, formarse, adquirir el dominio de sí, son fines inmediatos, pero en el fondo todos los esfuerzos deben estimarse como medios para alcanzar un fin más elevado y más universal, la perfección del Amor en Cristo.